

PRESENTACIÓN

Por lo extenso de su historia, resumir las diversas etapas por las que atravesó el país asiático, resulta un ejercicio difícil de realizar, pero si alguna palabra pudiera definir a China en su larga trayectoria, sería *resistencia*, y si algún calificativo pudiera agregársele, sería el de *adaptación*. Lo que hace diferente a China de otras culturas y de otros imperios, es la permanencia, la enorme continuidad que el país asiático ha podido sostener a lo largo de casi cuatro milenios, en los que a través de una gran capacidad de adaptación ha sorteado tanto sus difíciles cambios internos, como sus diversos encuentros con el mundo exterior.

Varía la precisión de los datos acerca de los orígenes de la cultura china, pero algunos autores ubican el inicio de su escritura en el periodo Shang, aproximadamente entre 1751 y 1122 a. C.; sin embargo, donde la mayoría de los investigadores coincide, es que en 221 a. C. se establece el primer Estado unificado de la historia de China, bajo el mando de Qin Shi Huang Di, primer emperador de la dinastía Qin. A partir de ese momento, el Estado chino inicia una larga trayectoria, que en un camino de encuentros y desencuentros, lo presentan hoy nuevamente como una hegemonía que a través de la fuerza de su éxito económico, irrumpe en el nuevo escenario global.

La diferencia entre China y otros imperios como el romano, el inglés, el egipcio, etcétera, ha sido su sorprendente capacidad de resistencia. Resistencia a las diversas irrupciones de los pueblos del norte que atacaban sus fronteras. A la conquista de los mongoles que en 1279 impusieron la primera dinastía extranjera. Resistencia a la cultura occidental, que desde el siglo XIII traspasó sus fronteras. A la expedición marítima europea del siglo XV; a la expansión imperial europea de mediados del siglo XIX, que puso en crisis su soberanía; a la invasión japonesa de 1937; a su convulsionada transformación interna del siglo XX y a los vertiginosos retos de la globalización del siglo XXI.

Por eso, cuando hoy hablamos de China no se pueden obviar, aunque sea brevemente, los atributos de su tenacidad. Recordar, por ejemplo,

que China alguna vez fue la mayor civilización del mundo; que del siglo X al siglo XV, ninguna “comparación de productividad agrícola, habilidad industrial, complejidad comercial, riqueza urbana o estándar de vida (sin mencionar la sofisticación burocrática y los logros culturales) pondrían a Europa a la par con el imperio Chino”. O ahora, que nuevamente se vuelve a comparar a China con Estados Unidos, saber que en 1770, al mismo tiempo que un puñado de colonias estadounidenses declaraban su independencia de Gran Bretaña, cerca de 400 millones de chinos bajo la dinastía Qing, completaban sus conquistas de Mongolia, Asia Central y el Tibet (Fairbank, 1996).

Este común denominador de resistencia a los vaivenes de la historia por parte de la cultura china, de su capacidad de adaptación a sus propias transformaciones, se da a pesar de lo enorme de su territorio (9.5 millones de Km²), y de su variada composición, étnica conformada por 56 etnias (la dinastía Han representa 91% de la población nacional), las cuales, como dice una vieja canción popular china, son 56 flores, hermanas de la misma familia, que a pesar de sus diferencias, conflictos y contradicciones, se han mantenido como una sola unidad política con profundas raíces en su forma de vida a lo largo de los últimos milenios.

En este sentido, el pueblo chino se presenta como un crisol de culturas, de regiones y de pueblos, que a pesar de sus éxitos o sus fracasos, de sus rupturas o intervenciones, ha sabido triunfar en el tiempo histórico, en ese tiempo que ha vencido a otras voluntades. Un conocedor de la historia como Napoleón, cuando en el cambio del siglo XVIII al siglo XIX se advertía una China débil —entre otras razones, por su nueva relación con la hegemonía europea—, no la vio derrotada, sino la advirtió dormida, y a futuro pronosticó de nuevo el peso de su historia y de su geografía.

Después de ese *impasse* en el tiempo, en 1976 la tragedia despertó nuevamente a China. En enero se presenta la muerte de uno de sus grandes líderes, Zhou Enlai; en julio el país se estremece con el terremoto de Tangshan; y en septiembre muere Mao Zedong, el Gran Timonel. Paradójicamente, estos hechos lamentables en la historia del pueblo chino, que vivía una de sus etapas más caóticas, le dieron la alternativa de transformarse y, desde entonces, China ha hecho todo lo posible por aprovechar esta oportunidad. Dentro de esta breve visión del encuentro de dos regiones, aparece por otro lado una Latinoamérica ancestral y milenaria, que a través de lo amplio de su historia teje sus principales puntos de

coincidencia con China. Por medio de sus antiguas culturas de Mesoamérica y de la región andina, presenta un pasado que favorece y facilita la construcción de un diálogo de respeto con el país asiático.

Latinoamérica es una región de larga historia. Desde 2500 a. C. se guardan vestigios de sus importantes culturas. Según varios científicos, los primeros rastros de escritura datan del periodo de la civilización olmeca (650 a. C.), considerada como la cultura madre de Mesoamérica, por haber dejado patrones de conocimiento que influyeron a sus sucesores. Teotihuacan, desde 300 a. C. constituyó una verdadera ciudad-Estado, la cual tuvo contacto con otras culturas contemporáneas como la maya y la zapoteca, y dejó importantes influencias en la cultura azteca.

Los mayas alcanzaron elevados niveles de desarrollo, en una historia de aproximadamente 3 000 años, que incluso hoy en día mantiene vivos destellos culturales. Su multiplicidad de dialectos generó 44 lenguas mayas y su legado cultural, científico y astronómico representó grandes conocimientos para la humanidad. Los aztecas y los incas (1325 d. C.-1532 d. C.) terminaron por condensar ricas y complejas tradiciones religiosas, así como fuertes bases políticas y nociones astronómicas, filosóficas y artísticas, enriquecidas con la herencia de los pueblos mesoamericanos. Ambos pueblos formaron vastos imperios altamente organizados, que en su momento, maravillaron y sorprendieron al Viejo Mundo. Latinoamérica, en su larga historia, también está orgullosa de su pasado. En 1492, en vísperas de la colonización y afincamiento de europeos en el Nuevo Mundo, Bolivia y Perú ya albergaban civilizaciones más ricas y complejas que cualquiera de las existentes en América del Norte (Fukuyama, 2007). En el caso de México, en 1519, Bernal Díaz del Castillo, al llegar a la gran Tenochtitlan apuntaba en su célebre obra *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*:

Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba más que de una lengua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaño y llena de tanta gente, no la habían visto.

En 1799, tras dos siglos de colonización, el ingreso per cápita en América Latina continental era de 521 dólares, cifra similar a la registrada por Estados Unidos. Durante el siglo XVIII, la isla de Cuba, con su producción azucarera, era mucho más rica que las colonias británicas en el norte del continente. De 1870 a 1950, el aumento del PIB per cápita de Estados Unidos y Latinoamérica fueron similares, y de 1950 a 1970, la tasa de crecimiento de renta regional fue incluso superior a la del país norteamericano (Fukuyama, Domínguez, 2007).

La historia de Latinoamérica, en el marco de sus circunstancias, también se identifica con una actitud de resistencia y de transformación en el tiempo. Después de una larga etapa de desarrollo y aislacionismo interno que le procuró su geografía, a partir del siglo XV, se vio obligada a enfrentar la expedición marítima europea, que a través de España y Portugal transformaron su identidad y su destino. A diferencia de China, para Latinoamérica el encuentro con Europa representa el puente acelerado de su conocimiento, del encuentro de dos puntos cardinales, Sur y Norte, que no se sospechaban y que no se conocían, y que a través del cisma de su derrota procrearon el nacimiento de su integración. Dice Octavio Paz que las culturas son realidades que resisten con inmensa vitalidad a los accidentes de la historia y del tiempo, y en este sentido, el pasado indígena de una buena parte de los países latinoamericanos sigue formando parte de su vida y de su transformación. Sin embargo, Latinoamérica también se suma en la amplia dimensión de su territorio, en la diversidad de sus recursos. Se abraza con sus creencias, con el legado de su cultura y de su religión; y se integra a través del idioma (español 70% y portugués 30%), el cual le permite y facilita los términos de su complementación. Latinoamérica, en ese sentido, es el resultado del diálogo de varias culturas, de manera especial la indígena y la española, a las cuales se suman las demás culturas de los nuevos países latinoamericanos del siglo XVIII y XIX.

La resistencia como cultura, o la cultura de la resistencia, junto con su milenarismo, son los factores que identifican a dos regiones que han sobrevivido en el espacio y en el tiempo y que se presentan como cualidades que permiten el diálogo entre dos pueblos que saben hablar sin prisa, que cuando hablan de su futuro lo hacen a través de los ojos de su pasado.

Octavio Paz comenta también que tanto a Latinoamérica como a China las define un origen hegemónico. En el caso de los países latinoamericanos, porque el imperio español, a través de su autoridad, logró la integración de una civilización. Y en el caso de China, porque por medio

de una autoridad central, también se consiguió la unificación de múltiples regiones en un inmenso territorio.

La coincidencia cultural de las dos regiones fue inversamente proporcional a su relación geográfica. El océano como distancia, fue la constante de dos pueblos a los que la lejanía les privó de una mayor convivencia. Sin embargo, el primer encuentro entre China y Latinoamérica se da a través del mar, por medio de un contacto indirecto que prefiguró el conocimiento del otro, que le dio conciencia a China “del hermano moreno del otro lado del mar”. Fue el 8 de octubre de 1565 al arribar el Galeón San Pablo a Acapulco (Shicheng, 2007), cuando se rompió la distancia y empezó el acercamiento de las culturas, a través del intercambio de sus mercancías: de seda, porcelana Ming y Ching, esteras, etcétera, por parte de China; así como cacao, plata, chile, etcétera, por parte de Latinoamérica. Este primer diálogo marítimo entre China y Latinoamérica, vía Acapulco, se mantuvo durante 250 años, contribuyendo al inicio de la relación y al conocimiento recíproco de cada región.

El segundo encuentro empezó a construirse a partir de 1949, con el triunfo de la Revolución de la República Popular China, cuando el país asiático, en un ambiente de posguerra, inició la construcción de su posicionamiento internacional en el que incluyó a América Latina. Este acercamiento se incrementó por parte de China a partir de 1982, cuando a través del XII Congreso del Partido Comunista Chino, expresó su intención de aplicar una política económica de “puertas abiertas”, así como de fortalecer la cooperación en los intercambios económicos y técnicos con otros países, en especial, con los que pertenecían en aquel momento al llamado Tercer Mundo. En ese entonces Deng Xiaopong expresaba lo siguiente sobre la relación con América Latina: “La gente suele decir que el siglo XXI será una era del Pacífico... Estoy convencido de que entonces aparecerá también una era de América Latina. Espero que sujan al mismo tiempo la era del Pacífico, la del Atlántico y la de América Latina”.

Por su parte, es a partir de la década de los setenta cuando América Latina evidencia la importancia del contacto entre las dos regiones, la cual materializa a través del reconocimiento oficial que hace de China como integrante de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en sustitución de Taiwán. Si al primer acercamiento lo define el encuentro de culturas, a través de las mercancías; a este segundo contacto lo sintetiza el reconocimiento de China por parte de la mayoría de los países latinoamericanos como un país relevante del nuevo escenario mundial.

Al tercer encuentro entre China y Latinoamérica lo marca la sorpresa, la revelación de lo desconocido del otro. Lo subraya también el asombro, la advertencia de una dimensión que rebasa lo previsto. Es al inicio de la presente década cuando Latinoamérica percibe con mayor claridad la presencia de un país milenario, que en profunda transformación, ya se había convertido en una de las economías más importantes del mundo, en el país ganador de la globalización, que a través de su nuevo modelo de desarrollo desbordaba todas las mediciones económicas.

A diferencia de los encuentros anteriores, este nuevo acercamiento se presenta dentro del marco de un proceso acelerado de expansión de la economía mundial, de cambio tecnológico y construcción de nuevos paradigmas, que retan por igual al trabajo y a la innovación de todos los países para insertarse exitosamente en un mundo global.

En los encuentros previos entre China y Latinoamérica había mediado la distancia, la cual brindó un amplio espacio para la convivencia y la identificación cultural. Incluso en su fase política, el contacto entre países fue aprovechado por algunas naciones latinoamericanas en abono de su manejo geopolítico; no obstante, en ninguno de ellos el contacto tuvo consecuencias directas o permanentes sobre la región. Por el contrario, el tercer encuentro se ha caracterizado por la intensidad y la profundidad de las relaciones económicas y comerciales, las cuales a la fecha ya presentan un cúmulo de saldos, tanto positivos como negativos, que aún están a la espera de un mejor análisis e interpretación, a fin de que sus resultados sirvan de base para la construcción de una convivencia sólida y equilibrada de largo plazo.

El diálogo no será fácil, ya que por un lado aparece China como un país que en las últimas tres décadas ha incrementado su presencia política, económica y social en el mercado mundial, participando exitosamente en la economía del mundo, en su comercio, en la oferta y demanda de bienes, en la captación de inversión extranjera directa, en la acumulación de reservas, en el proceso de escalamiento del aparato productivo, en los nuevos paradigmas del desarrollo económico, etcétera; rubros en donde ocupa un lugar de privilegio dentro del *ranking* mundial.

Por otro lado, Latinoamérica se presenta como una región dividida, fragmentada, que todavía no define con claridad la estrategia de su desarrollo y que tiene como pendiente el reto de transformar sus fortalezas en estrategias, que con una visión de largo plazo, la posicionen en el nuevo concierto global.

En este marco general del encuentro de dos regiones, entre China y Latinoamérica, es que surge la presente obra, con el afán de contribuir a través de sus trabajos, al mejor entendimiento de sus relaciones. Su visión dicotómica se fundamenta en que China, por un lado, se presenta como una “región formal” por el peso de sus números y la contundencia de sus resultados; y Latinoamérica, por otro lado, para un análisis equitativo, requiere de la suma de todos sus participantes.

La relación China-América Latina, por su profundidad y riqueza, ya no puede analizarse tan sólo a la luz de su enfoque comercial. Requiere en consecuencia de una visión multidisciplinaria e integral que contribuya a esclarecer las diferentes líneas de su relacionamiento. En este sentido, la presente investigación se estructura a través de cuatro capítulos, y la participación de 22 autores, los cuales con sus trabajos contribuyen al mejor entendimiento del nuevo papel de China en el mundo, y de su contacto en el entorno latinoamericano.

El primer capítulo, con trabajos de Jorge Eduardo Navarrete, Xu Shicheng, Elizabeth Sidiropoulos, Carlos Heredia y Pang Zhongying, explora a China a través del análisis de su nuevo modelo de desarrollo, de sus alcances económicos y probables consecuencias respecto a un balance de crecimiento y suficiencia de recursos. De igual modo trata el nuevo papel geopolítico de China, su apertura hacia el mundo y su proceso de internacionalización, profundizando en el tema sobre sus experiencias y resultados con Estados Unidos y África. De manera especial, en cuanto a su relación con Latinoamérica, se explica el encuentro de dos regiones bajo una visión de largo plazo, que recuerda sus coincidencias culturales y su larga historia de encuentros.

Arturo Oropeza García, Welber Barral y Nicolás Perrone, así como Jorge Witker y Félix Peña, en el segundo capítulo, atisban sobre las consecuencias del encuentro de regiones, profundizando sobre la realidad latinoamericana y su proceso de integración; su relacionamiento con Estados Unidos, y los retos del trabajo conjunto que se presentan en relación a su balance con China. A través del Mercosur se reseñan las experiencias enriquecedoras de un modelo de integración subregional que desde 1991, con sus diferentes peculiaridades y perspectivas, brinda un panorama de entrelazamientos entre los países que lo integran y el comercio que han tenido con el país asiático durante la presente década. De manera especial, a través de este capítulo se explora la relación de China con un país latinoamericano (Chile), por medio de un tratado de libre comercio,

como una nueva práctica regional que deja importantes lecciones a los demás países de la zona.

En el capítulo tercero, con las investigaciones de Inés Bustillo y Raquel Artecona, Enrique Dussell, Roberto Bouzas, Martín Pérez Le-Fort, Alexandre Barbosa y Ricardo Camargo Mendes, se aborda el ineludible tema del resultado económico de China con los principales países de la zona, analizando cada una de sus experiencias y profundizando en los números obtenidos a lo largo de la presente década. De igual modo, el capítulo procura una suma de visiones, que pueda aproximarse a una primera síntesis que explique la naturaleza de los éxitos y los fracasos de este encuentro económico-político entre China y Latinoamérica. De manera especial se incluye una investigación de la relación económica entre China y Estados Unidos de América, sobre la base de que en un mundo global se requiere la visión hemisférica para un mejor conocimiento de la región.

Finalmente, a través de la investigación y desarrollo de temas nuevos de la relación China-Latinoamérica, desde un enfoque jurídico e histórico, en el capítulo cuarto, con las aportaciones de Romer Cornejo, Manuel Becerra, Miguel Rábago Dorbercker, Virgilio Vallejo y Enrique Tejeda, la obra aborda puntos de la mayor importancia, como el contexto constitucional de China, el polémico tema de la propiedad intelectual, el nuevo arbitraje comercial, el marco aduanal entre China y México y el trascendente tema del ordenamiento de la propiedad privada en el país asiático.

Los desafíos que presenta la relación China-Latinoamérica son enormes, y se presentan en una doble vertiente de retos y oportunidades. Sus primeros encuentros históricos, que se explican a través de la coincidencia de sus culturas, les brindan un magnífico puente de diálogo y comunicación; por lo que, dentro de los diferentes retos que les depara su relación futura, las dos regiones deberán partir de las amplias coincidencias de su pasado.

Cada región debe responder por el resultado de su propio esfuerzo. Sin embargo, dentro de un diálogo de culturas que perciben la trascendencia del tiempo, se deberá llegar a la coincidencia de que el mercado es ciego, y por ello, corresponde a la madurez de las naciones, en este caso a China y Latinoamérica, trabajar sobre principios y valores conjuntamente aceptados, como el del “desarrollo común” o el de la relación “ganar-ganar”.

Recuerda Octavio Paz que las grandes civilizaciones han sido hechas a través del diálogo entre distintas culturas. Esperamos que con el esfuerzo desinteresado de todos los participantes de esta obra, pertenecientes a diferentes culturas y países, se contribuya a enriquecer este importante diálogo entre China y Latinoamérica, así como el de un mundo global más ordenado y justo.